

El silencio del pasado

El silencio
del pasado

ENIA RUIZ DE CASTROVIEJO ÁLVAREZ

El silencio del pasado

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2019, respecto a la primera edición en español, por:

© Enia Ruiz de Castroviejo Álvarez

© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417904562

ISBN e-book: 9788417904036

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001-Sevilla)

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

*A mi bisabuela Mama Encarna,
mi abuela Antonia y mi madre.*

*Soy un pescador de sueños,
soy un catador de auroras...
no cuento más que con mi empeño
y esta pluma voladora...
La vida cantando nubes buscando que el cielo rime...
dejando en la hoja en blanco cicatrices que el tiempo
imprime...*

Quimera, de Jorge Drexler

Orgullo

La noche se anunciaba tormentosa a pesar de los litros de valeriana ingeridos. Los sudores, las palpitations, las compulsiones del TOC diagnosticado y un rosario de pensamientos intrusivos que la enredaban en una maraña de razonamientos sin juicio. Todo un nutrido catálogo de impedimentos que perseguían un único fin: no permitirle relajarse y, por tanto, no permitirle dormir.

Cuando el reloj marcaba las 20:00 horas, la vida se aceleraba en el organismo de Celia y esa activación la desvelaba cada noche. Celia quería dormir y no despertar. Quería escapar de la dosis de realidad con la que amanecía cada mañana, pero a pesar de los esfuerzos que realizaba para salir de aquel bucle, no encontraba la calma.

Paralelamente, yo me encontraba muy cansada el día que la recibí por primera vez. Al igual que ella, también llevaba noches sin dormir, pero a pesar de no encontrarme en el mejor de mis momentos, accedí a atenderla. Cuando me enfrento a un caso me gusta tener la mente despejada para poder escudriñar los detalles que lo zurcen. No suelo atender a mis pacientes cuando veo que mis facultades merman o presiento que se reduce mi capacidad de empatía, pero, aun así, aquel día me entregué a la causa.

Aquella atormentada mujer había desarrollado un desmesurado pánico a la oscuridad. Al llegar la noche, en lugar de abandonarse al sueño para escapar del estado de vigilia que la mantenía en activo, dedicaba su atención a observar cómo acontecía un segundo tras otro en el reflejo que el despertador proyectaba en la ventana de su dormitorio. Celia pasaba las noches en vela, y ese hecho provocó que sufriera un terror desmedido a que el sol se escondiera al llegar la hora del ocaso. Quería dormir, pero no conciliaba el sueño y, con los ojos inyectados en sangre debido a los pequeños pero visibles vasos sanguíneos que los regaban, se situó frente a mí para explicarme que necesitaba dormir. Muy a su pesar, el insomnio se había convertido en una rutina nocturna que le impedía descansar.

—Acudo a usted desesperada —apuntó con voz de ultratumba y sin un mínimo atisbo de esperanza en el gesto—. He probado multitud de fórmulas para conciliar el sueño, de hecho, creo que lo he probado todo. Desde remedios caseros, como practicar ejercicio físico, dejar el café, contar ovejitas o prepararme un vaso de leche caliente con miel, a remedios más sofisticados, como el método 4-7-8 o cerrar los ojos y borrar con una goma imaginaria la pantalla visual y, al no funcionar nada de eso, he optado por tomar hipnóticos como último plan de rescate. Una opción que tampoco está provocando el efecto deseado, dicho sea de paso —increpó hastiada.

Celia sentía estar programada para responder de inmediato a cualquier tipo de estímulo externo. Se desvelaba al escuchar cualquier sonido, ya fuera el estruendoso ruido del camión de la basura que pasaba todas las noches por la fachada lateral de su casa o el suave zumbido de su propia respiración y, sin poder evitarlo, le daba licencia a cualquier excusa para boicotear su sueño.

Al recibir una oferta de trabajo de las que no pueden rechazarse, comenzó a trabajar en una nueva agencia de publicidad.

Llevaba años soñando con tener una oportunidad así, razón por la cual, no podía desaprovechar un golpe de suerte como ese.

—¿Es la dificultad que tienes para dormir lo que te ha empujado a pedir ayuda, Celia? —le pregunté sin interés alguno por la respuesta. Sabía de más que aquella privación de sueño se trataba de la punta de algún iceberg. De algo que debía ir descubriendo con el mismo tacto con el que se descubre un regalo sin querer rasgar el papel que lo envuelve.

—Pues imagino que no es solo eso —respondió—. Me preocupa mucho el hecho de no poder cubrir las expectativas que tienen sobre mí en la nueva empresa en la que acabo de empezar a trabajar y me temo que necesito estar despierta para evitar que eso ocurra. Despierta y descansada —apuntilló—. Estoy muy agobiada porque sé que en las condiciones en las que me encuentro no voy a dar la talla esperada y eso no puedo permitírmelo —expuso con una expresión de obvedad en su rostro—. Llevo muchos años queriendo dar el salto y por fin lo he conseguido.

Celia destacaba por su gran elocuencia y creatividad, pero, de un tiempo a esta parte, se encontraba apagada. La presión que ejercía sobre sí misma la iba engullendo a pasos agigantados.

—No rindo lo suficiente y me temo que no me encuentro capacitada para pensar. Mi trabajo me exige creatividad, pero no consigo reactivar las aptitudes que me permiten generar ideas —aclaró.

Yo tenía prisa por terminar la sesión con la que arrancaba aquella mañana. Necesitaba meditar sobre aquello que me preocupaba, pero, a pesar de ello, intenté apartarme de mis propios enredos mentales para hacer un sobreesfuerzo en concentrar toda mi energía en ayudar a aquella insomne mujer.

—Celia, ¿tienes identificada alguna fuente de malestar? No sé, algo que te mantenga preocupada y que pueda quitarte el sueño —le pregunté.

—Pues claro que tengo identificada esa fuente de malestar —respondió muy ofendida.

Noté que aquella pregunta la intimidó y, sin más preámbulos, añadió con tono agrio y reivindicativo:

—¿No le parece suficiente que mi novio de toda la vida me haya engañado y me haya llevado a la ruina? —pregunta ante la cual no respondí. Tan solo me limité a escucharla. Aquel comentario desvelaba parte de su problema. Su forma de reaccionar indicaba la existencia de alguna que otra fuente de malestar a descubrir por mi parte.

La excitación del momento provocó que aquella mujer se levantara de la silla confidente en la que se encontraba sentada para dar un paseo por la consulta y, con el objetivo de calmar la ira contenida que su tensionado cuerpo acumulaba, se ausentó por un momento y se dirigió hacia el baño sin pedir permiso. Más tarde descubrí que al llegar a su destino se lavó la cara con agua fresca y se colocó un ansiolítico debajo de la lengua y, mientras tanto, yo la esperaba en mi despacho con un gesto de preocupación, pero sin perder la compostura. Estaba más que acostumbrada a enfrentarme situaciones de ese tipo, aunque aquel día no me sobraba paciencia para soportar salidas de tono como esa.

—Disculpe, necesitaba recomponerme —aclaró Celia al sentarse de nuevo frente a mí para comenzar a compartir aquello que tenía encapsulado en una de las cajas mentales que le daban forma a su atormentado cerebro. Y con los ojos desencajados y la piel enrojecida por la irritación del momento, explicó:

—Mi novio, o lo que algún día llegué a creer que era mi novio, me estafó y, con ello, me encadenó a una deuda de miles de euros de por vida —bufó con cara de pocos amigos y mirándome con arrojo—. El peso de la nefasta gestión de una empresa que montó cayó sobre mis hombros. Las cosas no le fueron bien debido a una excesiva inversión en activos fijos y serias deficiencias en el

control presupuestario. En resumen, una mala gestión en materia de endeudamientos, liquidez y gestión de fondos —apuntó irritada—. El muy testarudo se centró en el aquí y ahora, y debido a ello, no hizo una correcta previsión de futuro... y lo que suele pasar en estos casos, la bola fue creciendo estrepitosamente y no pudo frenarla a tiempo. Pero lo más doloroso para mí no fue eso —añadió desde una profunda indignación que la obligó a tragar saliva para poder continuar—. Lo más doloroso para mí fue el hecho de enfrentarme a la cruda realidad de encontrarme ajena a lo que estaba ocurriendo. El amor puede ser ciego, pero le aseguro que mi cartera no lo fue —apuntó con sorna—. Al final me enteré de todo —añadió con un gesto impreso en un enmarañado rencor—. Quizá fuera el maldito dinero el que lo llevó a cometer la estafa que rompió con todo. No descarto esa opción —apuntilló con inquina.

Celia no descartaba la idea que defendía que la farsa que su novio tejió a la perfección, destapada finalmente por ella misma, perseguía sencillamente el sucio fin de obtener un rédito económico, pero a mí me daba la impresión que al realizar ese tipo de conjeturas solo desfogaba su ira. Empezaba a darme cuenta que ni ella misma llegaba a creerse lo que salía de su propia boca. Las palabras que emitía estaban marcadas por una rabia desmesurada y eso me hacía sospechar que detrás de esa manifestación de cólera había algo más.

Siendo fiel a la sinceridad con la que en el fondo estaba dispuesta a entregarse a la verdad, espetó que se sentía engañada, defraudada y estafada por su novio y esa manifestación de reproches le daba lectura al estado en el que se encontraba instalada. Un estado que le impedía encajar la mentira que se creyó durante años y que la separó del amor de su vida para siempre, según apuntó.

Aquella mujer se defendía con furor y para poder descubrir la incógnita de la que se alimentaba esa furia debíamos deshacernos previamente del veneno que la gestaba.

Tras compartir los motivos que la llevaron a traspasar la barrera de su tranquilidad, expuso que fue la cobardía como falta de valor la que empujó a que Luis, su novio, ocultara lo que estaba ocurriendo mediante silencios o vagas descripciones sobre el tema en cuestión y, alterada por la cantidad de recuerdos que fue rescatando de su memoria, hizo referencia al momento en el que comenzó a darse cuenta de la forma en la que Luis evadía preguntas o manifestaba una emoción fingida cuando alguien hacía alusión a su empresa.

—Puedes tutearme si lo deseas, Celia —aclaré antes de continuar hablando—. Partiendo de la decepción que parece que has sufrido después de lo vivido, ¿podrías especificar algo más sobre lo que te indigna exactamente?

Esa pregunta la descolocó. Creía haber dejado clara su postura y no entendía mi confusión. Parecía enfadada. Y, después de meditar durante un buen rato, accedió a responder.

—Pues ahora que lo dice, perdón, ahora que lo dices, no tengo claro si me indigna más la torpeza de no imaginar de dónde partían todas esas artimañas o el propio engaño en sí. No tengo claro si me duelen más las mentiras o el hecho de haberme dejado engañar, pero lo que sí puedo confirmarte es que me siento muy dolida, porque en lugar de enfrentarse a la realidad, Luis decidíó manipular la información de forma premeditada planeando qué decir en cada momento y liberándose de toda responsabilidad. Estoy segura de que alargó aquella sarta de mentiras solo para evitar un momento incómodo frente a mí —increpó irritada.

Celia estaba indignada y representaba el papel de mujer dolida a la perfección. La ira dominaba su voluntad, pero, aun así, hizo

el esfuerzo de ir relajando su discurso al desarrollar el relato de su propia vida.

—Para mentir es necesario tener la intención de ocultar información, realizar un esfuerzo intencionado para conseguir que lo que defiendes no coincida con la realidad y ser consciente de estar tergiversando lo que tienes en la mente, ¿no crees?

—Depende —respondí—. A veces tenemos tan integrado lo que queremos ocultar que no es necesario realizar ningún tipo de esfuerzo para conseguirlo, es más, yo creo que podemos incluso llegar a creernos nuestras propias falacias —añadí.

—Te aseguro que Luis sabía perfectamente lo que hacía. Luis no era ningún fabulador diagnosticado clínicamente —farfulló entre dientes—. Todavía me martillean en el cerebro las historias que inventaba para convencerme de una realidad que nunca llegó a existir, y todo para obligarme a hacer una interpretación errónea de los hechos —esputó indignada.

A Celia le enervaba remontarse a un pasado que no parecía quedar tan lejos, y al recordar la forma en la que su novio rehuía del problema y desviaba su atención para desorientarla, fue creciendo su furia. La actitud de entrega y confianza con la que reaccionó durante años la empujaba a clasificarse dentro de la categoría de «mujeres estafadas» (categoría en la que nunca imaginó que acabaría retratándose). Finalmente aclaró que aquella estafa la obligó a tener que romper con él y con todo lo que le recordaba a su pasado.

Celia era una mujer de palabra y defendía la honestidad y la franqueza como principios referentes en los que apoyarse para enfrentarse a la vida. Explicó que sus padres le transmitieron desde muy pequeña la importancia de defender y practicar la verdad como valor sagrado, entendiendo esa virtud como seña indiscutible de integridad y garantía de salud cívica para la sociedad.

—Mis padres siempre fueron enemigos de las mentiras, y al ser una de las directrices que se marcaron para enfocar la educación

de sus hijos, nos inculcaron ese mandato tanto a mí como a mis hermanos. Tan claro lo tuvieron, que aún recuerdo cómo penalizaban con mayor severidad el gesto de mentir que el asunto en cuestión, y de ello se jactaban. Mis padres siempre fueron personas muy comprometidas con la causa de educar a sus hijos y no nos permitían saltarnos las normas bajo ningún concepto, razón por la cual, a mí siempre me parecieron muy estrictos y poco flexibles, la verdad.

En ese momento, realizó una pausa introspectiva para aclarar que al cabo de los años fue comprendiendo lo que sus padres intentaron perseguir a través de las medidas educativas que utilizaron tanto con ella como con sus hermanos y apuntó que, gracias a ese ejercicio de empatía, se fueron diluyendo de forma progresiva los malos recuerdos que fue acumulando con el tiempo.

Al ir avanzando en la conversación, las resistencias de Celia se fueron dulcificando, aunque el estado de enajenación en el que se encontraba atrapada le dificultaba el hecho de penetrar en su verdad más oculta. A pesar de defender la sinceridad como patrón de comportamiento obligatorio en las relaciones humanas, era evidente que se engañaba a sí misma y, aprovechando el flujo de expresión del momento, le pedí que me hablara un poco más sobre Luis y sobre la relación que existió entre ambos.

Esa petición provocó que se llevara la mano a la frente para calmar la sensación del futuro dolor que cabeza que presagiaba y, apoyándose en una ficticia complicidad hacia mí, creada desde la nada, pero necesaria para poder continuar, comenzó a justificar su irritación explicando que siempre consideró a Luis como el prototipo de pareja ideal.

—Te confieso que siempre me gustó pasar las horas junto a Luis. Me encantaba proyectar planes de futuro con él y soñar con vivir juntos durante el resto de nuestras vidas.

Y sin dar más espacio a los buenos recuerdos se mantuvo instalada en su decepción.

—Yo era feliz a su lado, te lo aseguro, pero Luis me decepcionó —añadió con inquina—. Me engañó durante meses y ni pude, ni quise perdonárselo. Lo que hizo es imperdonable, ¿no crees? —espetó—. Siempre lo situé en el más alto de los pedestales, pero como ya habrás podido comprobar, el mito se cayó por sí solo.

En ese instante Celia suspiró profundamente para añadir que sus padres también lo adoraron.

—Luis era irresistiblemente adorable, créeme... y tanto que era adorable... pero lamentablemente todo fue una farsa —añadió cubriéndose la cara con las manos y volviendo a oscurecerse—. La imagen que proyectaba de cara a la galería era la de un hombre íntegro y honrado que caminaba siempre en mi misma dirección, pero nada más lejos de la realidad —susurró visiblemente decepcionada.

En ese momento de la conversación Celia volcó su cólera sobre mí sin reparo alguno. A pesar de hablar en pasado, se expresó como si los hechos a los que hacía referencia acabaran de ocurrir. Aquella oportunidad de apertura le sirvió para deshacerse de una ira encendida cual bengala chispeante y, sin permitirme participar en la conversación, me miró con cierta antipatía en el gesto y se excedió en reproches hacia su ex. En ese preciso momento se desahogó a través de todo un amplio repertorio de insultos, siendo un comportamiento impropio para una chica que alardeaba poseer un exquisito pundonor —pensé.

Celia se encontraba fuera de sí, y yo se lo permití. Sabía que al desprenderse de aquella amargura llegaría el momento de la caída. Y así fue. Aquella enfurecida mujer se desinfló en cuestión de segundos.

—Luis me ocultó información sobre el estado de sus finanzas, ¿entiendes lo que eso supone? —apuntilló de forma inquisitiva

buscando mi aprobación—. Pero lo que más rabia me dio no fue eso. Lo que más rabia me dio fue el hecho de mostrar un comportamiento ajeno a la mentira para mantenerme al margen... Y tonta de mí, confié en él ciegamente —añadió con recelo.

Al finalizar aquella ofensiva descarga se desplomó, y a partir de ese momento, comenzó a llorar sin consuelo. Durante el transcurso de aquel desahogo Celia manifestó dolor y rabia al mismo tiempo y, al encontrar cierta incongruencia entre el llanto y las trabas lingüísticas que encerraban sus argumentos, decidí dirigir su atención hacia el verdadero motivo de su enfado.

—Celia, ¿podrías especificar lo que te indigna exactamente? —insistí de nuevo intentando imprimir seguridad en mis intenciones.

Aquella pregunta cortó en seco su llanto y, sin saber muy bien por qué, provocó que reaccionara como si hubiese visto a un fantasma. Sus ojos redondos proyectaron miedo a la vez de asombro y, en respuesta a su reacción, le devolví una mirada serena y confiada. Algo viró dentro de ella y, derrengada, se mostró dispuesta a desvelar lo que parecía esconder dentro de un tintero virtual. Un tintero en el que probablemente se escondían los motivos que le robaban el sueño. Un tintero que había que destapar.

El clima de la sesión mutó. Ese cambio apaciguó la tempestad de ira que se desencadenó dentro de las cuatro paredes de mi despacho para permitir que Celia pudiera entregarse a explicar los detalles de su historia y, en medio de la calma, hizo referencia al gesto de arrepentimiento con el que Luis reaccionó al desvelarse el misterio. En su defensa alegó que probablemente se vio obligado a esconderse detrás de unas mentiras que perseguían proteger los intereses de su empresa.

—Soy consciente de que Luis mantuvo la esperanza de remontar la situación hasta el último momento sin querer dar margen a la derrota, y es posible que esa fuera una de las razones por la que

decidió darle una oportunidad al proyecto, pero, aun así, hay algo que no me quito de la cabeza... —añadió apuntándome con el dedo—. También pudo ser su propio ego el responsable de nuestras desgracias. Puede que Luis se defendiera a través de sus mentiras para salvaguardar su integridad como empresario y evitar a toda costa el deterioro de su reputación. No lo descarto tampoco.

En ese momento Celia habló con un brillo de sensatez en sus ojos y, con gesto alicaído, apuntó que Luis no estaba preparado para fracasar. Estaba segura de que cometió el error de asociar el hecho de fracasar con ser menos que los demás, con perder la confianza de los suyos, con no ser querido o respetado y, como consecuencia de todo ello, con la tragedia de quedarse solo, pero ella no estaba dispuesta a admitir aquellas razones como disculpas, y al perder el control de la situación, perdió el control de la relación.

—Entiendo que para ti son muy importantes tus principios, ¿verdad, Celia?

—Así es, lo son —admitió sin ningún tipo de pudor.

Seguidamente, se mostró inflexible ante la posibilidad de admitir el comportamiento de Luis exponiendo cierta rigidez en su forma de plantearlo, premisa ante la cual, elevó la voz para recalcar que él también tuvo siempre muy claro lo importante que eran para ella sus principios.

—No estoy dispuesta a aceptar un engaño, Vera, y nunca lo estaré —farfulló de forma contundente—. Tuve razones de sobra para echarlo de inmediato de mi casa y apartarlo de mi vida para siempre —añadió con firmeza en su gesto y sin mostrar arrepentimiento en sus palabras.

Y en dirección contraria a su propia inercia, una sombra suavizó de repente la dureza de su rostro. En aquel preciso momento Celia realizó una parada en su discurso para suspirar con profundidad y yo interpreté aquella pausa como una señal de rechazo a continuar hablando. Algo aguardaba a la espera de ser

desvelado, aunque sus resistencias no iban a facilitar el proceso de apertura. Como terapeuta, estaba dispuesta a secundarla para que pudiera descubrir el origen del insomnio que la deterioraba cada noche y, siendo fiel a mi intuición, le pedí que compartiera el desarrollo del relato a partir de la decisión que tomó. Una decisión de ruptura firme e indulgente, pero una decisión completamente acorde con sus firmes principios.

—Creo que lo mínimo que se merecía era que rompiera con él, ¿no crees?... ¿Quién es capaz de soportar algo así? —esputó con aires de disculpa.

Aquella petición por mi parte produjo cierto distanciamiento en ella, pero salvando sus propios obstáculos, se armó de valor para explicar que Luis se fue a vivir con sus padres arruinado y sin trabajo y que, a partir de aquel preciso momento, desapareció de su vida para siempre.

Celia se hizo a sí misma la firme propuesta de no caer en la trampa de sentirse responsable de las desgracias de su novio y, para no flaquear en ese propósito, se agarró con fuerza al sinsabor de la quiebra que le provocó. Confesó que se sentía muy humillada, que le dolía profundamente que hubiera mancillado su honor y que el historial crediticio que le encomendó alimentaba su ira cada día, pero también fue capaz de reconocer que mantuvo el contacto con ella durante meses rogando que le perdonara y pidiéndole una segunda oportunidad.

—Luis me confesó su amor a través de largos mensajes, me obsequiaba a menudo con flores, me perseguía para hablar o simplemente para verme y se apoyó en terceras personas para recuperarme, pero el muy ingenuo no se daba cuenta de que con aquellas tácticas lo único que consiguió fue hacerme sentir peor. Aquello se convirtió en un acoso en toda regla —apuntó apesadumbrada.

A modo de disculpa aclaró que lo único que necesitaba era distancia de por medio para recomponerse.

Luis le prometió su lealtad de manera insistente y ella no pudo perdonarlo. Le resultó imposible pasar por alto las mentiras que fracturaron seriamente su confianza en él.

—Ese maldito engaño abrió un interrogante en mí que me perseguiría de por vida —añadió.

La insistencia de Luis avanzó sin freno y esa conducta tomó para ella un cariz de tintes obsesivos. Llegó a sentirse presionada, y al no conseguir el efecto deseado con su callada por respuesta, le bloqueó todas las posibles vías de contacto.

—No tuve más remedio que bloquearlo, Vera. No respetó mi decisión y yo no podía hacerme cargo de sus tropelías. Yo nunca me porté mal con él, sin embargo, él me engañó. Me engañó rompiendo el amor que nos unía —susurró con la mirada perdida.

Llegados a ese punto de la conversación, la actitud de Celia cambió de nuevo de rumbo. El ímpetu con el que inició la sesión fue perdiendo fuerza y la seguridad que transmitía con sus argumentos se fue convirtiendo en una masa informe y sin criterio. El ritmo de su monólogo se apaciguó y su mirada comenzó a perderse entre dudas y lamentos.

Aquella seguridad en cuestión de valores de la que alardeaba se fue tambaleando al ir focalizando la realidad que la atormentaba y ese confuso itinerario la llevó a precipitarse hacia un abismo sin freno.

En ese preciso instante tragó saliva mirando a un punto fijo cualquiera, y visiblemente desprovista de un alma que la sujetara, explicó que al cabo de los meses el hermano de Luis le escribió para comunicarle que este había sufrido un accidente de tráfico del que afortunadamente había salido prácticamente ileso. Un animal se cruzó en dirección opuesta a su camino y el impacto provocó que el coche que conducía diera varias vueltas de campana, con la mala suerte de permanecer atrapado durante horas en medio de una oscura noche. Aquella noticia la sobre-

cogió, pero al sospechar que el hermano de Luis contactaba con ella para provocar una respuesta de acercamiento por su parte, aclaró que se negó a caer en la trampa. Luis se encontraba fuera de peligro y, desde esa convicción, agradeció la información y apartó aquel escenario de su cabeza.

—El hermano de Luis me aseguró que estaba bien. Me dijo que solo se había fracturado varios huesos y que lucía varios moratones en su piel, y al no estar en peligro, no quise bajar la guardia y retroceder. Al fin y al cabo, él no me necesitaba —justificó algo tensa.

—¿Quieres decir que conseguiste llegar a despreocuparte? —le pregunté sabiendo que en el fondo se trataba de un argumento que quiso llegar a creerse.

—No tenía razones para preocuparme —bufó ofendida.

—Ya, pero a veces nos preocupamos sin motivo.

—Yo no. Yo solo me preocupo si hay un motivo por el que preocuparse —aseguró con firmeza.

La miré con indulgencia y sin intención de presionarla para que claudicara, pero tampoco mostré credulidad en mi rostro.

—Vale, de acuerdo. No tenías por qué preocuparte. Al fin y al cabo, no había motivo de preocupación —resumí con un tono lineal—. Entonces, entiendo que, a partir de ahí, mantuviste firme la decisión de alejarlo de tu vida, ¿no es así?

—¡Yo no lo alejé de mi vida! Se alejó él solito. Me engañó. Me falló. ¿Qué quería? ¿Que lo perdonara sin más?

—No sé, Celia, ¿qué crees que quería si no? —le pregunté.

Esa pregunta provocó que el silencio se apoderara de nuevo de la conversación acelerando sin remedio la temida cuenta atrás que la acercaba hacia su propia realidad. Luis le pidió perdón, pero ella no lo escuchó.

—Celia, ¿conseguiste apartarlo de tu cabeza?

—Pues no lo sé... Puede ser que no... —confesó aturdida.

Y fue en ese momento cuando admitió que el transcurrir de los días no le sirvió de ventaja. Ni su deseo por olvidarlo ni su empeño por apartar de su cabeza los recuerdos que la ataban a él consiguieron despreocuparla del todo.

—Ahora que lo pienso creo que para salir de aquel tormento opté por repetirme una y otra vez que no sentía nada por él, pero tengo que reconocer que... tengo que reconocer que sí estaba preocupada. Luis estaba fuera de peligro y además estaba fuera de mi vida, aunque.... —titubeó dando un chasquido de lengua...

—¿Aunque qué, Celia?

—Pues que supongo que no estaba lo suficientemente apartado de mi vida como pensaba, no sé... yo creía que no estaba preocupada, pero ahora que lo pienso... creo que me sentía atraída por una fuerza mayor que continuaba atándome a él.

—¿Y qué ha sido de esa fuerza, Celia? —le pregunté.

—No lo sé... supongo que... —las palabras se agolparon en su garganta.

Aquellas confesiones demostraron que los alegatos que su mente le dictaban no le funcionaban como ella esperaba. El accidente que Luis sufrió no le pasó desapercibido y temporalmente ese hecho coincidía con sus primeras noches en vela.

Visiblemente agitada procedió a explicar que un mal día recibió la llamada telefónica del hermano de Luis para comunicarle que la situación de salud del que fue el amor de su vida se había complicado. Una infección renal lo llevó a sufrir una grave septicemia y, debido a ello, se encontraba ingresado en la unidad de cuidados intensivos.

—No sé qué me pasó, Vera. Recuerdo que esa fuerza de la que te hablo tiró de mí en aquel momento para dejarlo todo y salir corriendo hacia el hospital en el que Luis se encontraba convaleciente y, siendo fiel a la verdad, tengo que admitir que en